

ya la autoficción y los años comienzan a darme una visión más seria de la literatura”(149). No parece cansado, en cambio, Domingo Ródenas de Moya, para quien “la autoficción persigue lo verdadero, contra la mimesis de la novela realista y contra las galerías de espejos de la metaficción más baladí” (190), que se preocupa por la novela de autoficción española: Luisge Martín, Fernando Aramburu, Gonzalo Hidalgo Ricardo Menéndez Salmón, Kirmen Uribe, Antonio Orejudo y Carlos Pardo. Un tercer panorama es el dedicado a la narrativa hispanoamericana reciente, obra de Daniel Mesa Mancedo, que a partir del concepto de “diario autoficcional” reflexiona sobre la ambigüedad del pacto autoficcional en obras de Victoria Guerrero, Wendy Guerra, Rodrigo Rey Rosa, Jorge Eduardo Benavides, Claudia Ulloa, Jorge Volpi y Claudia Abaplaza.

Finalmente la última parte aborda el estudio de algunas obras recientes y concretas en las cuales aparecen elementos de la autoficción. Enrique Vila Matas y su novela *París no se acaba nunca* (2003), que para Natalia Vara Ferrero, la autora del artículo, es “un texto de estatuto fronterizo que parece sucesiva y simultáneamente autobiografía, narración y ensayo sobre la ironía y sobre la escritura” (210), cosa quizás no sorprendente en un escritor que “ha hecho de la disolución de las fronteras (sobre todo las que separan la realidad de la ficción) de la principal señal de identidad de su escritura (209). Julien Roger analiza dos novelas de la argentina Sylvia Molloy: *Varia imaginación* (2003) y *Desarticulaciones* (2010) cuyas novelas no proponen “una representación de aquello que es (o de lo que fue) su realidad” (243). Ni fotografían, sigue diciendo el crítico, ni reproducen, ni describen. Pero si juegan con una posibilidad de la existencia a través de la intertextualidad. Lionel Souquet revisa la obra del colombiano Fernando Vallejo y el chileno Pedro Lemebel, que han desarrollado según el crítico, una autoficción de raíz latinoamericana, original y exhibicionista de su relato íntimo, que va asociada a la construcción de una identidad homosexual subversiva. Palle Nørgaard, se centra en *Bilbao-New York-Bilbao* de Kirmen Uribe y en los mecanismos de contraponer la autoficción con una autoridad de tipo histórica para recuperar una memoria perdida. A *Un momento de descanso* de Antonio Orejudo (2011), novela de *campus*, dedica su estudio Ana Rueda que indica (¿cripticamente?) acerca de la novela de Orejudo que “El lector deberá juzgar si las cosas que ocurren [...] son tan inverosímiles, tan grotescas y tan escalofrantes que solo una autoficción descabellada es capaz de describir de modo certero” (290); interesante consideración en boca de una veterana habitante de los campus universitarios de allende los mares.

Lamenta el reseñista no disponer de más espacio para profundizar en cada uno de los artículos que forman este rico panorama de la autoficción. Pero sin duda este libro, junto con el anterior de Ana Casas, constituyen dos referencias imprescindibles para aproximarse, dentro de la crítica literaria de la literatura escrita en español, a esta nueva manifestación literaria que lejos de periclitarse está cogiendo cada vez más fuerza y más potencia y más interés.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

Vicente Cervera Salinas. *Borges en la ciudad de los inmortales*. Editorial Renacimiento. Sevilla. 2014. 349 pp.

Desde que en 1992 publicó sus libros *La poesía de Jorge Luis Borges: historia de una eternidad* y *La poesía del logos*, Vicente Cervera Salinas demostró ser un profundo

conocedor de la obra literaria de Jorge Luis Borges. Como se asegura en el prólogo, el volumen editado ahora es una recopilación de artículos fundamentalmente dedicados a analizar diversos aspectos del gran escritor argentino, a veces para afinar o ampliar apreciaciones incluidas entre los resultados de las investigaciones anteriores. Además, entre los atractivos que el conjunto ofrece, no es el menor que Borges sirva de pretexto para acercarse a otros autores de indiscutible interés o a temas como la conmemoración de las tres décadas vividas por la revista *Sur* al iniciarse los complicados años sesenta. Concluida la lectura, recuerdo con especial agrado las páginas sobre el filósofo “español inglés” Jorge Santayana y la recepción de su obra en el ámbito hispánico, con particular atención para Borges y otros ensayistas que en Buenos Aires se hicieron eco de su obra (Julio Irazusta, Raimundo Lida), y también las dedicadas a las aportaciones de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes (y a las relaciones entre ellos, tan estrechas), o a la significación de José Enrique Rodó. Ciertamente, es Borges quien da unidad al volumen, pues su presencia en *Sur* no es ajena a la evocación de Victoria Ocampo y de otros escritores vinculados de un modo u otro a esa publicación que animó más que ninguna otra el ámbito cultural hispanoamericano de su tiempo, y en la atención dedicada a Reyes y Henríquez Ureña está presente la amistad que compartió con ambos, más allá de las simpatías y las diferencias que quedaran de manifiesto en sus intereses literarios. De paso, sus propios textos resultan singularmente enriquecidos en ese tejido de relaciones que los análisis respectivos consiguen establecer entre unos y otros autores.

En su prólogo Vicente Cervera parece ligar la heterogeneidad a los aspectos más positivos y a la vez menos académicos del volumen. El lector comprobará que esa apreciación puede extenderse a la insistente deriva desde el estudio hacia el ensayo que ofrece cada capítulo, si entendemos como ensayo aquel texto que a la vez que un estudio es una creación, un ejercicio de estilo. Esa condición se aviene con la atención preferentemente dedicada al Borges ensayista, más bien desatendido por la crítica salvo cuando sus opiniones se utilizan para apuntalar los análisis más variopintos sobre su poesía o (sobre todo) sus ficciones, y que ahora Vicente Cervera aprecia como el género más eficaz a la hora de plasmar el pensamiento y los planteamientos literarios del escritor argentino. El capítulo «Jorge Luis Borges o la respiración de la inteligencia» interesa especialmente a este respecto, porque incluye reflexiones clarificadoras no solo sobre el autor estudiado y su peculiar cultivo del género, ineludible si se pretende comprender su obra de creación: también sobre el género en sí mismo (un “modo” literario que permite someter un tema “a una multiplicidad de reflexiones y valoraciones que estimulen sus posibilidades teóricas”, se dice en la página 110), sobre su historia e incluso sobre la práctica que en este volumen se ensaya, pues ensayos son ante todo los capítulos que conforman un libro donde las preferencias y las opiniones (la visión personal o subjetiva) se concilian, no siempre sin esfuerzo, con la objetividad pretendida en el análisis de los textos abordados. Esa conjunción ofrece un resultado particularmente notable en «La poesía de la cultura: “La esfera de Pascal”, otro motivo de Proteo», donde ese ensayo de Borges (el más genial de ellos, en opinión reiterada de Vicente Cervera) permite derivar hacia consideraciones sobre el ensayo entendido como una forma de poema. No es extraño que Blaise Pascal sirva en el capítulo siguiente de nexo entre Borges y Rodó, y que la visión de la historia universal entendida por el argentino como historia de la diversa entonación de algunas metáforas permita entender la cultura e incluso el ser humano y el de los pueblos, según la propuesta del uruguayo, como un proceso de constante transformación creadora, planteamien-

tos ambos de algún modo ilustrados por la imagen compartida de Proteo. Y aún más: sin perjuicio de la personalidad diferente de esos escritores, la libre e incesante transformación proteica nos permitiría comprender a la vez las peculiaridades del ensayo que uno y otro cultivaron, de un pensamiento en búsqueda incesante del enriquecimiento espiritual, que dejan nítidamente de manifiesto tanto la minuciosa atención dedicada a Rodó como el análisis de algunos poemas que declaran la proteica condición literaria de Borges (o la presencia de Proteo y lo proteico en su obra). También la referencia mitológica de Jano resulta útil, en su caso para descubrir en la “profética memoria” de Borges alguna condición de poeta visionario, aunque en su caso se tratara de un visionario modesto, consciente de las limitaciones del lenguaje.

Como se habrá podido advertir, cada uno de los ensayos incluidos en el volumen conforma en sí mismo la posibilidad de abordar distintas facetas de la obra de Borges y de las inquietudes que la impulsaron. A ese rasgo común no se sustraen las reflexiones suscitadas por los traductores de *Las mil y una noches*, que permiten ampliar el análisis al interés del escritor argentino por otras manifestaciones orientales de la literatura, demostrado en variadas ocasiones que Vicente Cervera tiene a bien recordar. Acertadamente se advierte que Borges actuaba como si los traductores realizaran una tarea de creación personal, o al menos de creación compartida, y que su análisis intentaba abarcar desde los pormenores lingüísticos hasta el carácter personal, las pretensiones y la visión del mundo que operaban sobre el trabajo de esos traductores, lo que de paso arroja luz sobre los problemas de la traducción y sobre las traducciones que el propio Borges llevó a cabo. Aunque en distinta medida, también los capítulos dedicados a analizar las relaciones con otros autores consiguen iluminar la obra del escritor argentino. El dedicado a la presencia de Domingo F. Sarmiento en sus poemas y en sus prólogos es un buen ejemplo: Vicente Cervera recuerda que ese espíritu cosmopolita que fue Borges se albergó en un ciudadano argentino, y deja patente que esa condición no puede ignorarse al abordar sus escritos. La ocasión resulta propicia para revisar una trayectoria en la que el fervor de Buenos Aires y el interés por lo criollo se manifestaron con entusiasmo juvenil, y donde nunca faltaron referencias a la historia y a la literatura de su país, perpetuadas insistentemente en su evocación de gauchos y orilleros. De paso o en consecuencia, se incluye el análisis de las distintas versiones de «El general Quiroga va en coche al muere», como muestra del proceso literario seguido por el escritor a lo largo de su vida, y de «La tentación», otro poema en el que Borges volvió tardíamente sobre el mismo episodio narrado por Sarmiento en su *Facundo*, esa obra capital de la literatura argentina.

El trazado de las relaciones y el análisis de algunos textos se conjugan también con acierto en «Una lectura ontológica de Walt Whitman según Borges», minucioso recorrido por las reflexiones y los versos que el escritor argentino dedicó al norteamericano, sin olvidar el fervor que le hizo imitarlo en «Himno del mar», su primer poema publicado. La capacidad de Vicente Cervera para acercarse a los textos poéticos queda bien probada en los capítulos citados y también en el titulado «Borges y el logos divino: *Juan I, 14*», que, dedicado a analizar los dos textos relacionados con ese versículo evangélico, es en realidad una iniciación a los esfuerzos gnósticos para conciliar la filosofía con la fe cristiana y una ocasión propicia para repasar ensayos y ficciones en los que Borges mostrara intereses afines, o para inventariar los poemas de inspiración o temática religiosas: especial interés a este respecto ofrecen las consideraciones suscitadas por «Fragmentos de un evangelio apócrifo», del poemario *Elogio de la sombra*.

También las inevitables ficciones de Borges están presentes, bien representadas por «El inmortal», al que se dedican los capítulos primero y último del volumen, cuyo

título queda así justificado, y al que se vuelve siempre que se presenta oportunidad para hacerlo, como al concluir «Borges, lector del Oriente fabuloso», donde las traducciones de *Las mil y una noches* permiten evocar las versiones homéricas, que a su vez animan a recordar conclusiones relacionadas con esa ficción, o en «Tres humanistas del siglo XX: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges», por razones que los dos ensayos dedicados a ese cuento permiten deducir. Como sus lectores recordarán, «El inmortal» está en gran medida conformado por la traducción del relato autobiográfico escrito en inglés por Joseph Cartaphilus, quien antes se llamó Marco Flaminio Rufo, accedió a la inmortalidad y durante siglos compartió con Homero ese privilegio aparente. Tras una detenida reflexión sobre el epígrafe de Francis Bacon que recuperaba a Platón y a Salomón, Vicente Cervera proyecta sus conclusiones sobre el relato para poner de manifiesto la entraña platónica del texto, entendido como rememoración que convierte toda escritura en una reescritura y cada lectura en recuerdo de lo leído, sin olvidar que para escribir es además indispensable haber leído antes. Bastaba con un paso más para proponer que todos los narradores son el mismo narrador, como se infiere antes de asumir un panteísmo textual coagulado en torno a esa suerte de autor “inmortal” forjado por el conjunto de los autores cuyas obras conforman la literatura. Me resulta imposible dar cuenta de las riquezas de la propuesta ofrecida. Vicente Cervera, poeta al fin, procede menos por razonamientos que por analogías, y las intuiciones se suceden sin fin al tiempo que se comenta ese bosquejo de una ética para inmortales que deja patentes las inconveniencias de la inmortalidad, que nos haría indiferentes al tiempo y al espacio y cuya pérdida Rufo acogió con alivio, pues solo la muerte hace valiosa la vida en cada uno de los irrecuperables instantes que la conforman; las asociaciones se suceden al tiempo que se evoca esa pesadilla de la inmortalidad que se concreta en la laberíntica o meramente insensata Ciudad de los Inmortales, que lleva hasta la Biblioteca de Babel, que lleva hasta la esfera de Pascal, que lleva hasta el Aleph de Carlos Argentino Daneri, en una deriva que deja de manifiesto el juego de espejos o de referencias cruzadas que parece conformar la obra de Borges y que finalmente concluye identificando al inmortal con la literatura o con ese único y a la vez plural autor que son los autores que contruyen la literatura.

«Las horas y los siglos de Borges (a modo de epílogo)» cierra el volumen y confirma la opinión de que «El inmortal» concentra la mayor parte de los tópicos literarios de Borges, además de ser la ficción preferida por Vicente Cervera. Confirma también la impresión de que *Borges en la ciudad de los inmortales* no es un libro adecuado para quienes pretendan acercarse al escritor argentino: es un libro para los conocedores de su obra. Ese requisito es necesario para poder apreciar los numerosos hallazgos y en alguna ocasión para discutirlos.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Hernán Loyola. *El joven Neruda 1904-1935*. Santiago de Chile. Lumen. 2014. 592 pp.

A tantos años del periplo vital de Pablo Neruda (1904-1973), parece difícil considerar que puedan aún aportarse datos relevantes sobre su vida y obra, y sin embargo ocurre. Así lo testimonia esta última entrega de Hernán Loyola, a cuya pasión crítica y biográfica se debe una extensa bibliografía dedicada al Nobel chileno. Su monumental edición de las obras completas de Neruda en cinco volúmenes (Círculo de Lectores